



La torre del Virrey
Revista de estudios culturales
40 (2026/2)

EL CREPÚSCULO DE LOS DIOSES: HOBBS Y EL SILENCIO DE LOS ORÁCULOS EN LA ANTIGÜEDAD

MANUEL J. MOYA ARAÚJO

moyaraujo@uoc.edu

Universitat Oberta de Catalunya

Artículo revisado por pares

Fecha de recepción: 10-02-2026

Fecha de aceptación: 03-04-2026

PALABRAS CLAVE:

Hobbes
Oráculos
Soberanía
Cristianismo
Antigüedad tardía

RESUMEN

El artículo examina la afirmación de Thomas Hobbes según la cual Cristo habría silenciado los oráculos de la Antigüedad, situándola en una tradición histórica y conceptual de largo alcance. A partir de testimonios paganos, cristianos y jurídicos, se analiza el progresivo eclipse de la voz oracular y su reinterpretación como signo de transformación espiritual y política. Este proceso culminó en la transferencia de la función oracular desde el templo a la autoridad imperial, donde la palabra del soberano adquirió un estatuto sacralizado.

KEYWORDS:

Hobbes
Oracles
Sovereignty
Christianity
Late Antiquity

ABSTRACT:

The article examines Thomas Hobbes's claim that Christ brought about the silence of the ancient oracles, situating it within a long-standing historical and conceptual tradition. Drawing on pagan, Christian, and legal sources, it analyzes the gradual eclipse of the oracular voice and its reinterpretation as a sign of spiritual and political transformation. This process culminated in the transfer of the oracular function from the temple to imperial authority, where the word of the sovereign acquired a sacralized status.

<https://doi.org/10.66015/ltv.1899>



Cuando se preguntó al oráculo de Delfos qué ritos o qué tipo de adoración resultaban más aceptables a los dioses, el oráculo respondió que aquellos que habían sido legalmente establecidos en cada ciudad
(DAVID HUME, *Historia natural de la religión*)

En un pasaje del *Leviatán*,¹ Hobbes menciona, casi de pasada, un hecho aparentemente insólito: que los oráculos de la Antigüedad cesaron porque Cristo, con su muerte y resurrección, silenció a los antiguos dioses. Esta afirmación, que a primera vista pudiera parecer una simple hipérbole teológica, no fue invención suya, sino que remitía en realidad a un lugar común bien asentado en la tradición cristiana medieval. Ese lugar común, sin embargo, hundía sus raíces en un problema mucho más antiguo: antes de convertirse en explicación teológica, fue la expresión de una experiencia histórica, nacida del desconcierto con que el mundo pagano asistió a la progresiva extinción de las voces proféticas que durante siglos habían hablado desde los templos.

Sin embargo, en Hobbes esta tradición adquiere un significado distinto. En el capítulo XII del *Leviatán*, la religión no aparece como revelación ni como herencia cultural, sino como un fenómeno que tiene su origen en el miedo ante lo desconocido y en la ignorancia de las causas, esto es, en la inclinación humana a formar conjeturas acerca de los poderes invisibles a partir de los efectos cuya causa se desconoce. De ahí que pueda distinguirse entre las creencias que surgen espontáneamente de esa incertidumbre —una forma de religión que brota de la experiencia misma del temor— y aquellas que son organizadas y estabilizadas por los hombres como instrumento de gobierno (*by human policy*), cuando esas mismas imaginaciones son recogidas, ordenadas y fijadas por una autoridad que las convierte en doctrina útil para la obediencia.

Desde este punto de vista, los oráculos no constituyen simplemente un episodio religioso del mundo antiguo, ni una forma “espontánea” de relación con lo divino, sino una configuración ya estabilizada de esas mismas creencias, en la que el miedo y la ignorancia han sido recogidos, organizados y convertidos en un dispositivo de autoridad sobre lo invisible. Su desaparición no remitiría así a una victoria de orden espiritual, sino al desplazamiento de los mecanismos mediante los cuales se formaban y dirigían las creencias relativas a los poderes invisibles.

En efecto, los oráculos, como el de Delfos, —consagrado a Apolo—, eran en la Antigüedad centros sagrados donde los dioses hablaban a los hombres por medio de intermediarios como la Pitia. No se trataba solo de espacios religiosos, sino de instituciones con influencia real en la vida jurídica, política y cultural del mundo grecorromano. Sin embargo, ya en época imperial algunos autores advirtieron que aquellas voces se habían vuelto más raras, más confusas o incluso habían cesado por completo. Algo tanto más significativo habida cuenta que la ambigüedad era, de hecho, una característica constitutiva del lenguaje oracular: baste recordar la célebre respuesta a Pirro —*dico te vincere posse Romanos*—², cuya ambigüedad sintáctica selló una victoria que era ya, en su misma formulación, una derrota.

¹ HOBBS, *Leviatán*, I, 12

² La célebre respuesta atribuida al oráculo de Delfos —*aio te, Aeacida, Romanos vincere posse* (“Te digo, descendiente de Éaco, que puedes vencer a los romanos”)— aparece ya en ENNIO, *Annales* VI, frg. 5,

Uno de los testimonios más importantes de esta conciencia es el opúsculo de Plutarco *Sobre el silencio de los oráculos*. Lejos de ser cristiano, Plutarco era sacerdote de Apolo en Delfos, y en este texto —escrito entre finales del siglo I y comienzos del II d. C.— reflexiona sobre las causas de la progresiva mudez de los santuarios. Propone diversas hipótesis: el debilitamiento moral de las ciudades, el abandono de los ritos tradicionales, el agotamiento de los vapores telúricos que inspiraban a la Pitia, o los ciclos cósmicos de revelación; incluso contempla la posibilidad de que los *daimones*, espíritus mediadores entre dioses y hombres, pudieran desaparecer, debilitarse o morir. Plutarco no ofrece una explicación única —no puede— pero en toda la obra late una conciencia fatalista de transformación histórica. El mundo sigue siendo el mismo, pero los dioses ya no lo habitan del mismo modo: se ha producido un desplazamiento de orden metafísico.

No todos, sin embargo, interpretaron este silencio como un enigma sagrado. En el siglo II, Luciano de Samosata, con su habitual mordacidad, se burló de la credulidad popular en su diálogo *Alejandro o el falso profeta*. Allí ridiculiza a Alejandro de Abonutico, un visionario que se presentaba como profeta (προφητής) del dios serpiente Glicón y manipulaba el fervor religioso de las masas mediante falsos oráculos. De ahí que, para Luciano, el problema no fuera la retirada de lo divino, sino el exceso de impostura: no callaban los dioses, sino que hablaban demasiado los hombres. Su mirada —irónica, escéptica, casi moderna— no atribuía el declive de los oráculos a un cambio cósmico, sino al agotamiento interno de un sistema de creencias que ya no podía sostenerse sin recurrir al fraude.

Este mismo texto de Plutarco fascinó, sin embargo, a los pensadores cristianos de los siglos III y IV, como Lactancio, Eusebio de Cesarea o Agustín de Hipona, quienes lo leyeron como una prueba irrefutable de la victoria de Cristo sobre los demonios disfrazados de dioses. Según su interpretación, los oráculos no habían cesado por desgaste ni por azar, sino porque la verdadera Palabra había irrumpido en el mundo, expulsando a las potencias espirituales que hablaban desde los templos paganos. Para estos Padres de la Iglesia, episodios como el silencio del oráculo de Apolo en Dafne ante los restos del mártir Bábilas,³ o el sometimiento del *daimōn* que habitaba un templo del mismo dios frente a la autoridad de Gregorio Taumaturgo,⁴ tal como relatan Sócrates Escolástico y Rufino de Aquilea, daban cuenta de esta realidad.

A la misma matriz interpretativa pertenece también la *Vita Antonii* del obispo Atanasio de Alejandría, uno de los textos hagiográficos más influyentes del siglo IV. En ella, Antonio no solo atribuye los antiguos oráculos, sortilegios y visiones mágicas a la acción engañosa de los demonios, sino que insiste explícitamente en la idea de que su poder ha decaído desde la irrupción de la cruz de Cristo⁵. Más aún: en su afán deslegitimador, Atanasio despoja a la mántica de todo estatuto propiamente revelatorio, explicando las supuestas predicciones como meras conjeturas fundadas

constituyendo la noticia más antigua conservada del verso. La cita es transmitida posteriormente por CICERÓN, *De divinatione* II, 56, y por QUINTILIANO, *Institutio oratoria* VII, 9, 6, quien la utiliza como ejemplo de ambigüedad sintáctica (ἀμφιβολία). El mismo motivo es retomado por AGUSTÍN DE HIPONA, *De civitate dei* V, 19, bajo la forma —dico te, Pyrrhe, vincere posse Romanos («Te digo, Pirro, que puedes vencer a los romanos»)—, como ilustración de la ambigüedad característica del lenguaje oracular y de la falacia de la adivinación pagana.

³ SÓCRATES ESCOLÁSTICO, *Historia ecclesiastica* III, 18.

⁴ RUFINO DE AQUILA, *Historia ecclesiastica* VII, 28, 1–2, traducción latina y continuación de la *Historia ecclesiastica* de Eusebio de Cesarea, en la que Rufino introduce materiales propios. El ciclo narrativo relativo a Gregorio Taumaturgo conoce una elaboración más amplia en el *De Vita Gregorii Thaumaturgi* de Gregorio de Nisa.

⁵ ATANASIO DE ALEJANDRÍA, *Vita Antonii* LXXIX, 1–2.

en la observación y la experiencia de los demonios, de modo análogo a como un médico, un timonel o un agricultor infieren un desenlace a partir de signos conocidos. Incluso cuando aciertan —afirma—, no hay en ello inspiración divina ni autoridad moral alguna: conocer de antemano lo que ha de suceder no constituye virtud ni confiere por sí mismo título alguno de autoridad⁶. El silencio de los oráculos aparece así no solo como una derrota espiritual de las viejas potencias, sino como la desactivación intelectual de la profecía pagana como forma válida de conocimiento y de autoridad.

Esta victoria espiritual alcanzó su expresión más acabada en un episodio muy citado por los apologetas cristianos: la consulta que el médico Oribasio realizó al oráculo de Delfos por orden del emperador Juliano,⁷ último gran defensor del paganismo. Según la tradición, el oráculo respondió con una lamentación definitiva:

ἔπατε τῷ βασιλεῖ· χαμαὶ πέσε δαίδαλος αὐλά.
οὐκέτι Φοῖβος ἔχει καλύβαν, οὐ μάντιδα δάφνην,
οὐ παγὰν λαλέουσιν, ἀπέσβετο καὶ ἄλλον ὕδωρ⁸

Aunque posteriormente este oráculo dio lugar a muchas interpretaciones, el lamento fue leído por los cristianos como el anuncio indudable de la derrota final del paganismo, un canto de cisne: incluso Apolo, dios de la luz y de la palabra, había enmudecido. Para Juliano, eran noticias consternadoras; para los cristianos, en cambio, la confirmación del triunfo de Cristo sobre todas las potencias espirituales del mundo.

El silencio de los oráculos no fue, así, un fenómeno único ni unívoco, sino múltiple y polifónico: nostalgia en Plutarco, sátira en Luciano, júbilo en los Padres de la Iglesia. A través de estas interpretaciones asistimos al final de una era espiritual: el momento en que el mundo dejó de escuchar a los antiguos dioses, no porque los hombres ya no quisieran escucharlos, sino porque los dioses habían dejado de estar presentes.

A partir de mediados del siglo IV, el oscurecimiento de las voces oraculares fue acompañado por una intervención jurídica directa sobre las prácticas que las habían sostenido. Una constitución de 357,⁹ promulgada bajo Constancio II, prohibía toda forma de adivinación, incluso cuando no mediara intención dañina. Pocas décadas después, las leyes de Teodosio I ordenaban el cierre de los templos y la interrupción de los sacrificios públicos.¹⁰ Con ello, los espacios de religiosidad desde los que el mundo antiguo había articulado durante siglos la consulta y la decisión acerca del futuro quedaban desactivados como instancias autónomas de autoridad.

En ese mismo movimiento se produjo una auténtica *translatio* de la función oracular: aquello que había hablado desde los santuarios comenzó a hacerlo desde el palacio. Mientras se clausuraban los templos paganos, la palabra del emperador adquiría un estatuto sacralizado. El *Codex Theodosianus* da buena cuenta de este

⁶ ATANASIO DE ALEJANDRÍA *Vita Antonii* XXXIII, 2-5.

⁷ El episodio de la consulta de Oribasio al oráculo de Delfos por orden del emperador Juliano, junto con la respuesta oracular, se conserva en la tradición hagiográfica tardoantigua (*Passio Artemii* 96; BHG 173) y es transmitido posteriormente por JORGE CEDRENO (*Compendium historiarum* I, 532, 8-10), recogido en PG 122, 632B.

⁸ «Decid al emperador que el recinto sagrado ha caído; que Apolo ya no tiene aquí su morada, ni hay brotes de laurel sagrado; que las fuentes están silenciosas y que el agua ha enmudecido». Traducción propia.

⁹ CTh 9.16.4

¹⁰ CTh 16.10.10-12

desplazamiento: en sus normas el emperador ya no aparece como mero *princeps*, sino como *dominus*, y sus resoluciones se presentan explícitamente como *sacra responsa*, *oraculum sacrum* y *caeleste oraculum*. Donde callaba Apolo, hablaba ahora el soberano.

Este desplazamiento no supuso una ruptura con la tradición romana, sino su reordenación bajo un nuevo horizonte teológico. Principios antiguos —como aquel célebre *quod principi placuit legis habet vigorem* ('Lo que al príncipe place tiene fuerza de ley') de Ulpiano¹¹— adquirieron ahora un alcance pleno: el derecho dejó de limitar al emperador para proceder de él. El soberano se convirtió en *lex animata*, νόμος ἔμψυχος,¹² fuente viva del orden jurídico, y la voz que había hablado desde los santuarios se concentró definitivamente en la autoridad imperial.

La observación de Hobbes no era, por tanto, una simple repetición de una explicación cristiana heredada, ni una mera curiosidad erudita. En el *Leviatán*, y de forma explícita en el capítulo XII, esa fórmula se integra en una explicación natural de la religión. La ansiedad humana ante lo incierto, unida a la ignorancia de las causas, produce poderes invisibles y técnicas de pronóstico —como el oráculo— que los fundadores de los Estados supieron cultivar como parte de su política para asegurar obediencia y paz.

Al afirmar que Cristo silenció a los oráculos, Hobbes señala retrospectivamente un problema central de la teoría política: qué ocurre cuando una fuente tradicional de autoridad desaparece y otra ocupa su lugar. El silencio de los oráculos no designa, en su lectura, el triunfo de una verdad religiosa, sino el final de una pluralidad de voces y la necesidad de concentrar la palabra autorizada en una instancia soberana.

En ese sentido, el paso del templo al imperio, y del oráculo a la ley, no fue un episodio marginal de la historia antigua, sino un antecedente decisivo del Estado moderno. Donde el mundo antiguo había consultado a los dioses, el mundo cristiano respondió con edictos; y donde los edictos se concentraron en una voluntad única, Thomas Hobbes reconoció el principio del soberano absoluto. El silencio de los dioses no fue solo el final de un mundo religioso: fue una condición histórica para el nacimiento del *Leviatán*.

¹¹ Dig. 1.4.1 pr.

¹² NJ. 105.2.4.4